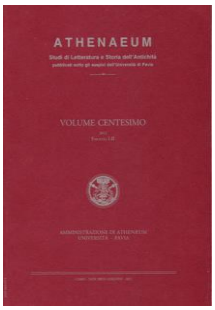
MANUSCRIT ACCEPTAT

Ressenya

Barbara A. Barletta, The Origins of the Greek Architectural Orders, Cambridge - New York, Cambridge University Press 2009 (1ª ed. 2001), pp. XI-220.



Manuel Parada

Revista	Athenaeum 103/2 (2015), Pages 675-679		
DOI			
Disponible en línia		**Data de publicació**	2015

Per citar aquest document:

Parada M. Ressenya a "Barbara A. Barletta, The Origins of the Greek Architectural Orders, Cambridge - New York, Cambridge University Press 2009 (1ª ed. 2001), pp. XI-220". Athenaeum, 103/2 (2015), p. 675-679

Aquest arxiu PDF conté el manuscrit acceptat per a la seva publicació.

MANUSCRIT ACCEPTAT

BARBARA A. BARLETTA, The Origins of the Greek Architectural Orders, Cambridge -New York, Cambridge University Press 2009 (1ª ed. 2001), pp. XI-220.

Creemos conocer perfectamente cuanto atañe a una noción en apariencia tan elemental como los órdenes clásicos, pues arrastramos toda una serie de interpretaciones que, al menos desde Vitruvio y sus exégetas modernos, reflexionan sobre este fundamento de la tradición arquitectónica occidental. Analizar los orígenes griegos de dicho fundamento es una de las principales motivaciones del libro de B.A. Barletta. Su contribución principal, hacerlo no sólo a través del cotejo y critica de las fuentes escritas con la evidencia arqueológica – como hizo ya de manera pionera Leon Battista Alberti en el s. XV – sino incidiendo sobre esta última de acuerdo con los datos ofrecidos por excavaciones científicas sistemáticas.

El libro se divide en cinco capítulos – cada uno de los cuales se acompaña de sucintas conclusiones – dedicados respectivamente a la evidencia escrita (pp.1-20), la evidencia arqueológica desde el periodo proto-geométrico al s. VII a.C. (pp.21-53), el nacimiento del orden dórico (pp.54-83), el nacimiento del orden jónico (pp.84-124), la confrontación de los materiales arqueológicos con la teoría (pp.125-152), y unas conclusiones generales (pp.153-156), a todo lo cual se añade el apartado de notas (pp.157-204), bibliografía (pp.205-216) e índice de nombres y lugares (pp. 217-220).

El primer capítulo comienza con la caracterización – no definición – del «orden», que, como recuerda Barletta, según Vitruvio se identifica por la forma de sus columnas (4.1.3), aunque el tratadista también describe sus entablamentos y establece las normas de emplazamiento, ejecución y proporción, diferenciando el dórico y el jónico, e introduciendo el corintio como mezcla de ambos. Desde este pasaje, Barletta señala la laxitud de los principios que afectan a los órdenes y se centra en los dos primeros, de modo que sobre el corintio realiza únicamente algunos comentarios superficiales y no le dedica un capítulo específico. Las fuentes escritas y sus intérpretes llevan a la investigadora asimismo hacia la reflexión cronológica, geográfica y los precedentes lignarios – especialmente a partir del estudio del entablamento – de los órdenes. Así´, si nos fiásemos de las fuentes escritas, el 'estilo' dórico – aquí´ y a lo largo del libro la autora equipara orden a estilo – se habría originado hacia el 1200-1000 a.C. y existiría aún durante la migración jónica. Por su parte, el orden jónico se habría originado algo después. No obstante, Barletta señala la imprecisión e inconsistencia de los ejemplos de templos aportados por Vitruvio. En el mismo capítulo, se comentan las fuentes, la fortuna histórica y comentaristas principales del texto de Vitruvio en el Renacimiento y a partir de Winckelmann, de modo que se concluye que Vitruvio es la base para cualquier análisis posclásico, aceptándose históricamente como válidas la existencia de dos órdenes distintos: el dórico, el más antiguo, originado en Grecia occidental, y el jónico, posterior al primero y originado en el este; ambos se desarrollarían y culminarían en el periodo clásico y decaerían – especialmente el dórico – en el periodo helenístico. Se señala la polémica con respecto a los orígenes lignarios y, para comprobar dicho asunto, así´ como para identificar los núcleos originarios, se remite a la arqueología como fuente más fiable que la tradición literaria antigua y moderna, tarea en la que se aplican los capítulos siguientes.

En los capítulos 2, 3 y 4 se establecen tres periodos, a saber, «pre-orden» – del proto-geométrico hasta el s. VII a.C. –, el orden dórico arcaico – que surge h. 580-570 a.C. – y el orden jónico – poco después. En el momento seminal, Barletta considera el tiempo destinado a la construcción del edificio, arco cronológico en el que se pueden producir alteraciones y faltas de sintonía con respecto al hipotético desarrollo general de los órdenes. La autora plantea que el origen del dórico y el jónico es relativamente tardío y acontece no en un centro unitario, sino paralelamente en núcleos dispersos del área griega, además tanto el nacimiento como el desarrollo de los elementos que configuran ambos órdenes es paulatino y su resolución formal, en pocas ocasiones canónica.

El segundo capítulo desarrolla el estudio de precedentes y núcleos originarios de los

MANUSCRIT ACCEPTAT

órdenes a través del análisis de materiales arqueológicos que confirman a grandes rasgos los presupuestos Vitruvianos y de Winckelmann, aunque únicamente sobre un desarrollo evolutivo en progresión hacia mayor complejidad. El recorrido propuesto destaca las evidencias lignarias, estudia detenidamente las plantas de los edificios con especial atención al peristilo, el desarrollo en alzado y, como fuente complementaria, acude a maquetas arquitectónicas en cerámicas y relieves, de modo que el capítulo finaliza con una síntesis de dichos elementos que configuran edificios que atienden a un sistema constructivo clasificable como «proto-orden» arquitectónico. Aunque se experimenta con nuevas técnicas de estereotomía desde el s. IX a.C., los primeros templos en piedra – aunque aún no sometidos a orden – datan del s. VII a.C., cuando surgen evidencias del «proto-orden» arquitectónico en madera, que más tarde, a finales del mismo siglo y principios de la centuria siguiente, se petrifica.

En el tercer capítulo se invierte el orden en el análisis del edificio, que a partir de entonces se centra en el estudio del alzado – por motivos evidentes – y después trata superficialmente la planta. La estudiosa sostiene que a finales del s. VII a.C. y principios del s. VI a.C. aparece, en primer lugar, el capitel dórico, seguido de la metopa y el triglifo, y a continuación el capitel de anta y la cornisa con mútulos; se trataría de un desarrollo rápido, sucedido en dos generaciones, y descentralizado: en el noroeste del área griega se desarrolla el friso o al menos la metopa, en el este el capitel de anta tipo protojónico. Pese a la importancia de Corinto en las fuentes, no parece que fuera el lugar de origen del orden dórico ni del frontón. Este capítulo finaliza con una lista de 23 edificios do ´ricos tempranos, desde el templo de Apolo en Termón (ca. 630-620 a.C.) hasta la llamada Basílica de Paestum (iniciada ca. 550 a.C.).

Del cuarto capítulo se puede destacar la importancia de las Cicladas como lugar de origen de la basa, el fuste acanalado, el capitel de volutas y el friso continuo del orden jónico, pese al papel protagonista que las fuentes escritas asignan a Asia Menor, debido a la fama que gozaron monumentos más tardíos de dicha región. Asimismo, Barletta señala toda una serie de variedades locales, que configuran «estilos regionales», y subraya que no se establece un orden canónico hasta el templo de Atenea Polias en Priene, que no obstante apenas tuvo impacto en Vitruvio. La autora señala tanto para el dórico como para el jónico diferencias regionales – que equipara a las escuelas pictóricas y escultóricas – y subraya la descentralización de las novedades. Las primeras se deben a la continuidad de tradiciones locales y a la reafirmación del orgullo y competitividad de su respectiva comunidad; la segunda, entre otros factores, a la movilidad de los arquitectos – de muchos de los cuales se conocen nombre y origen – y a la relativa abundancia de encargos.

En el quinto capítulo se recapitula sobre lo tratado en todos los precedentes, para realizar una confrontación entre las fuentes escritas y la evidencia material ya analizada. Barletta trata de discutir especialmente si los órdenes surgieron en madera y/o eran necesarios para formas estructurales en dicho material, cuestión que se inserta en un prolongado debate que se mantiene vivo. Según la autora, al parecer en algunos de los edificios más precoces que analiza se combinaban distintos elementos de madera, terracota y piedra; lo que no parece claro es la relación entre las estructuras lignarias y las formas canónicas de los órdenes. Pese a que los elementos 'decorativos', tales como los mútulos y los dentículos han sido uno de los argumentos tradicionales en la teoría del origen lignario de los órdenes, las características generales de los elementos en estudio no necesitaban de una existencia de las formas dóricas en madera, sino que reflejan la continuación de prácticas lignarias pero a través de una transición o adaptación a la piedra y su adopción gradual. El templo dórico se explica mejor no como producto de la construcción en madera, sino en piedra, opinión que, como recuerda Barletta, comparte con la hipótesis centenaria de L. von Klenze. En cuanto al orden jónico, se indica que tiene más probabilidades de haberse inspirado en formas lignarias, especialmente su capitel, aunque otros elementos como las fascias del arquitrabe y las puertas serían meramente adiciones decorativas de la arquitectura lítica. En suma, cada uno de los motivos

MANUSCRIT ACCEPTAT

individuales de los órdenes surgió´ en momentos diferentes y la estudiosa reconoce que su origen preciso permanece necesariamente en el ámbito de la especulación. Una vez concluido este análisis, Barletta reflexiona sobre la función ornamental y simbólica. Algunos de estos elementos decorativos se tomaron posiblemente de Creta – como el capitel dórico – y Egipto – como el estriado de los fustes. Con respecto a otras formas y significados las hipótesis son admisibles, aunque no se pueden verificar, como la inspiración del triglifo en el trípode o bien en el oikos habitado por la divinidad, así´ como la vinculación del friso con la decoración de «metopas» de vasos geométricos, o bien la relación de los motivos decorativos del orden jónico con aderezos y formas anatómicas de la mujer. En cuanto a la identificación tradicional de la columna dórica con el cuerpo masculino y de la jónica con el femenino, Barletta sostiene que se tratan de connotaciones posteriores al momento seminal de dichos elementos, codificadas al menos hacia finales del periodo arcaico, como ejemplifican atlantes y cariátides a partir de dicha época. No obstante, la estudiosa señala que la fecha relativamente tardía del origen de los órdenes coincide con la aparición de la escultura monumental, como también anota Vitruvio. La autora reconoce que es complicado aislar y seguir el desarrollo de las formas tectónicas u ornamentales y establecer dependencias mutuas; no obstante, recuerda que ha de restarse importancia al eventual pasado lignario de las mismas, en favor de un mayor interés estético, indicado también por Vitruvio (4.2.2). Por otra parte, Barletta no olvida los cambios sociales y políticos que repercutieron en la formación de los órdenes, desde la casa principal donde se iniciaron los antiguos cultos, hasta el templo monumentalizado con el que se identificaba la comunidad de la polis.

Como hemos podido comprobar, Barletta ofrece un rico panorama sobre una cuestión compleja y discutida desde tiempos antiguos. La dificultad que entraña la interpretación de testimonios en ocasiones escasos, no desaniman a la investigadora en su tarea, pese a que en ocasiones interpreta la falta de datos como inexistencia de innovaciones y no como laguna derivada de problemas de conservación. No obstante, nos ofrece una interesante perspectiva que, aunque pueda parecer en exceso sucinta dada su ambición, resulta una útil y sólida síntesis, que en realidad no es tan breve, pues los materiales a los que aquí´ se dedican 220 páginas ocuparían uno o dos capítulos en otras obras sobre arquitectura clásica. La aportación de Barletta resulta pues especialmente válida para el momento de su publicación original en el 2001; por su parte, esta nueva tirada del 2009 facilita la difusión – además a un precio mucho más económico – de un libro de cabecera con el que se debe contar entre los manuales que tratan el periodo. Para su momento, este libro resultaría tan útil como después lo serían los capítulos correspondientes de las grandes publicaciones de M.C. Hellmann bajo el epígrafe L'architecture grecque (2002-2010) y la de E. Lippolis -M. Livadiotti -G. Rocco, Architettura greca. Storia e monumenti del mondo della polis dalle origini al V secolo (2007); las diferencias de enfoque y de periodización y compartimentación geográfica entre unas y otras aportaciones no son sino testimonio de la riqueza de lecturas posibles en este apasionante asunto que ayuda a entender otros muchos fenómenos del arte clásico.

Quizás en los pequeños detalles, en las frases inconclusas o sobre las que no se vuelve porque no son el asunto central del libro, sea donde más atractiva nos resulta la reflexión. Algunas ideas se nos antojan especialmente jugosas por la posibilidad de indagar en paralelismos, como puede ser la relación entre producción arquitectónica y escuelas pictóricas o escultóricas, fenómenos de intercambio y recepción de artistas, ideas y formas, o las motivaciones de la sociedad en su conjunto y la élite en el cambio. Observamos, por ejemplo, como las fuentes antiguas situaban el origen del jónico en Asia Menor, error debido al posterior éxito de tal orden en dicha área; algo similar sucede, en la historiografía moderna, cuando se trata el llamado «arco sirio». Asimismo, Barletta ha incidido en que el dórico y el jónico nacen en una pluralidad de núcleos repartidos por el mundo griego, fenómeno semejante al que sucederá´ en el periodo tardohelenístico, cuando

MANUSCRIT ACCEPTAT

– como planteamos en nuestras investigaciones – una nutrida variedad de combinaciones novedosas de los sistemas arquitrabado y arcuado, en el ámbito alejandrino ptolemaico, Asia Menor y occidente, dan lugar a soluciones vanguardistas como la «serliana», motivo para el cual asimismo la especulación lignaria tiene su interés, aunque plantea los mismos problemas de falta de documentación y de evidencias materiales. En suma, libros como la contribución de B.A. Barletta, a partir de un análisis coherentemente trabado y acometido desde un método impecable, nos llevan más allá´ de los márgenes específicos de su argumento. Es precisamente lo que distingue a los buenos libros, aquellos que, más allá´ de sus aportaciones puntuales – que en Humanidades siempre peligran de caducidad – llegan a sugerirnos grandes preguntas, en este caso, que trascienden los límites de la Arqueología y se introducen plenamente en la Historia del Arte. Es lo mismo que, pese a sus errores e inexactitudes, hace eternas las obras de Vitruvio o Winckelmann.

Manuel Parada López de Corselas

Real Colegio de España -«Alma Mater Studiorum» Università di Bologna

manuel.paradalopezde@unibo.it

MANUSCRIT ACCEPTAT